

Claudette en el espejo

J. C. López Rentero

La primavera agoniza y con ella la temporada de ópera. Para Claudette eso supone un ligero consuelo. Quizá el único buen augurio con el que afronta la tarea de vestirse para la ocasión. Otra vez. Una vez más.

Da unos pasos hacia la ventana por la que se derrama el atardecer, probando sus nuevos zapatos de punta estrecha. Es difícil apreciar su efecto pisando sobre la alfombra carmesí, pero le gustan. Son lo suficientemente pequeños y bonitos como para que su esposo los considere inapropiados. Es un experto en eso. Y en muchas otras cosas. Vuelve a mirarse en el espejo de cuerpo entero que hay a su lado. Aún es joven y hermosa. No demasiado, tal vez. Pero todavía hay caballeros que giran la cabeza a su paso cuando camina por la calle.

Ese pensamiento le colorea las mejillas y le hace sacudir la cabeza para apartarlo de su mente. Es la clase de banalidad hueca que abunda en el mundo de relaciones sociales que frecuenta y que tanto detesta.

Se sienta en el sofá para descalzarse. Su cabeza sigue hilvanando ideas; reproduciendo un secreto diálogo que bulle en su interior desde hace mucho tiempo. Su mano acaricia el florido estampado del asiento justo donde un rayo de sol permanece posado con indolencia. Odio la ópera, piensa. En realidad no es así. Siempre ha disfrutado de una notable sensibilidad para apreciar cualquier expresión artística. Pero sí que odia ir a la ópera. Su marido y sus sagrados convencionalismos lo han logrado. Hasta ha olvidado cuál es la representación de hoy. La última de la temporada, gracias a Dios. Por fin se quita los zapatos y camina por el cuarto descalza. Sería escandaloso que alguien la viera así: una joven sonámbula en camisón y medias, errando por la alfombra. La idea no

le disgusta. Ya está harta de guardar las formas. De recibir en su casa invitados que no conoce junto a su esposo, envarada y muda, atendiendo solícita su cháchara insulsa. De acudir al palco del teatro teniendo que prestar más atención a los chismorreos de última hora que a la maravilla del *belle canto*.

Se detiene al otro lado de la alcoba, frente a su pequeño escritorio. Abre el postigo de la ventana que hay sobre él, dejando la hoja encajada para que ventile sin que el ruido de la calle moleste demasiado. Se queda así, tomando el aire y luego se sienta en su pequeño reino. Es el único lugar de la casa —de la vida en general— donde se siente viva; en el que es ella misma, sin maquillaje ni ornamentos. Sin apariencias que salvaguardar. Es su secreto y su libertad. Si alguien le preguntara si es una mujer libre tendría que confesar que sí, pero solamente cuando abre, como ahora, el cajón donde descansan sus cuadernos y las plumas. Las

herramientas con las que fabrica un universo a su medida, cincelado con palabras que brotan de su corazón, a menudo con la rabia de una tormenta veraniega. Saca un cuaderno y devuelve la llave del cajón al interior del corsé, donde nadie se atreverá a buscarla. Ni siquiera abre la tapa del librito. Apenas lo roza con los dedos, evocando las historias que contiene. Maravillada por la idea de que los habitantes de esos mundos imaginarios, aún en construcción, hayan surgido de su mente. De sus sentimientos. Si pudiera confesárselo a su marido... Pero es imposible. Él no se casó con una escritora. No lo entendería. Las otras cosas que le ha tolerado, como las clases de pintura o de piano, son pasatiempos adecuados para una dama. Pero escribir no. Desde luego no para él ni para su familia.

Un rumor de pasos en la escalera la saca de su divagación. La doncella acude a ayudarla con el vestido. Y ni siquiera sabe aún qué va a ponerse para esta noche.

Devuelve el cuaderno al cajón y lo cierra con llave con la celeridad de un ladrón descubierto. Suenan dos golpes en la puerta.

—¿Señora...?

Sí, es ella. La doncella que merodea a su alrededor cotilleando cuanto hace. Respira hondo y se pone en pie.

—Un momento, Gertrude.

No es un ladrón. Es una dama vistiéndose en su alcoba. Camina de vuelta al espejo y se observa de nuevo, mientras coloca bien la cinta de terciopelo que lleva al cuello. Quisiera dedicarse a escribir en lugar de acudir a cada absurdo acontecimiento que su marido considera imprescindible. Quizá no es tan descabellado esperar que el mundo que la rodea cambie. Quizá es sólo que ese mundo se resiste a aceptar a las mujeres como ella. Tal vez ese baile de máscaras en el que vive se muera de miedo ante la idea, aferrándose a lo que conoce por despreciable que sea.

Sigue mirándose en el espejo cuando da permiso a la doncella para entrar. Aún es joven y hermosa. Volverá a representar su papel de esposa sumisa y educada esta noche. Una noche más. Pero, a pesar de todo, esboza una sonrisa. Porque sabe que nadie puede arrebatarse el gozo que experimenta cuando viaja sin salir de su habitación a los mundos que plasma con letra redondilla, casi infantil, en las hojas de sus cuadernos.